

“El caballero sin montura”



Autor: Diego Carretto
(Texto original que encontré archivado en mi vieja gaveta.
Creación: marzo 1997)

Un día de marzo, cuando el sol estaba de caída; se asomaba al pueblo desde el norte, un hombre peculiar.

Al irse acercando se vislumbraba su postura solemne. Era un hombre alto, de gran físico, con un rostro repleto de serenidad.

Ni bien pasar el pórtico principal todos lo pueblerinos comenzaron a escrutarle en silencio. Nadie sabía quien era ese hombre.



Un emisario del rey, que de pronto cabalgaba por esa zona, intimó a aquel hombre y le preguntó:

- Buenos días amigo. ¿Quién es usted?
- Soy un caballero.

Al terminar de contestar todos los pueblerinos comenzaron a reírse. Con ellos se rió también el cortesano. El hombre misterioso, sin entender la razón de sus risas, igualmente comenzó a acompañarles con fuertes carcajadas.

- ¿Quién es usted? –*volvió a increpar el enviado del rey.*
- Soy un caballero.

Las risas anteriores se acrecentaron a chistes y tomaduras de pelo. El visitante misterioso comenzó a reír sin agravio alguno.

En estos momentos, el caballero de la corte no estaba muy alegre. Se sintió humillado por el visitante. Bajó de su caballo, se paró delante de aquel hombre de vestiduras viejas y dijo:

- Amigo, ¿cómo es caballero si anda sin caballo?
- Hermano, el caballo está. El tema es que tú no lo ves porque eres ciego.

La turba del pueblo quedó impactada con esta respuesta. Se atrevió a citar ciego al emisario del rey.

- Por favor amigo, explíqueme como es eso.
- Tú caballo es muy poco para el mío. Si mostrara mi caballo el tuyo caería a sus pies. Mi caballo es verdadero.
Para que tus ojos comiencen a ver te comparto que en verdad no eres caballero.

Al escuchar esto, el emisario del rey se arroja hacia atrás, toma su espada...

- Saca la espada vagabundo y peleemos.
- No tengo espada –*contestó el caballero misterioso.*



El emisario del rey dijo a uno de sus lacayos:

- Entrégale tu espada a este pobre hombre.
- Tu eres más pobre hermano.

Con mucha furia, el emisario se puso en pose de pelea. Cuando esto sucedió el hombre misterioso tiró su espada y comenzó a quitarse la ropa.

El emisario del rey, al ver este espectáculo, elevó su furia tantas veces como para comenzar a pelear con este hombre ya desnudo y sin armas.

Luego de varias vueltas aquel hombre misterioso tenía en el suelo al emisario con la espada al cuello. La gente del pueblo, acompañada de la ley de la época comenzó a gritar:

- Mátalo. El te retó y perdió. Mátalo.

El hombre misterioso sin escuchar al pueblo, se levantó lentamente, tiró la espada al suelo, comenzó a vestirse y dijo:

- No soy nadie para elegir que este hombre viva o muera. Esa dicha la tiene solo una persona.

El pueblo sin entender este pensamiento y estando sorprendido volvió a preguntar:

- ¿Por qué comienzas a vestirte y no matas a este hombre que te retó a duelo?
- Estimados, me desvestí para que veáis que un hombre vestido nunca puede pelear contra uno desnudo. El desnudo tiene de donde atacar al hombre; mientras que el otro no puede agarrarme de ningún lado. Así es como me presento en el mundo. El mundo no me puede encarcelar ni matar... estoy desnudo ante él. Por esto mismo no soy quién para quitarle la vida a este hermano. Como ya lo he dicho, solo uno tiene ese poder; y ése es mi caballo.
¡Escucha pueblo! No se dejen atrapar por el mundo puesto que nunca serán caballeros. Solo los que estáis desnudos aquí, en este presente, son los verdaderos caballeros. Todos los que se quiten las vestiduras de este mundo conocerán, y cabalgarán junto a mi caballo; ése que tiene el poder de otorgar o quitar la vida a quien sea.



Al finalizar estas palabras, el hombre misterioso bebió un poco de agua y reinició su camino.

Mientras se alejaba todos comenzaron a preguntarse y a opinar sobre lo que dijo. Entre tanto el emisario del rey preguntó a viva voz:

- ¿Quién es ese caballo que tiene tanto poder?

El hombre misterioso dándose vuelta gritó:

- Ese caballo es Dios.

Termino de decir estas palabras; media vuelta sobre si mismo y continuó con su camino.

El pueblo hasta el presente no volvió a oír nada sobre aquel hombre misterioso; pero en la historia del pueblo quedó aquella frase que se repite de generación en generación: *“El desapego del mundo, es lo que te hará caballero sin montura”*.



*Por esto hermanos estén atentos. Vivan el presente sin pensar en el futuro. Como ya os he dicho el futuro están en las manos de mi caballo.
¡Recuerden!: Desvístanse ahora de sus apegos terrenales. Aquí las polillas lo corroen y los ladrones lo aprovechan.*
